

# DÍA DEL RECUERDO, 1971

Coronel Fred "Toot" Moar

Foto: Mike Nimigon

*Nota de los editores: la charla siguiente, compartida por el nieto del coronel Moar, nos permite conocer las reflexiones de un veterano canadiense de la Segunda Guerra Mundial, perteneciente al Regimiento North Shore, quien ilustra en detalle las complejidades del conflicto armado, la humanidad que surge en situaciones extremas y los impactos perdurables de los dilemas morales que se presentan, particularmente en relación con los niños. El coronel Moar se mantuvo firme en su determinación de prestar servicio para lograr la paz mundial y se granjeó un enorme respeto debido a su lucha por los derechos de los demás veteranos.*

Gracias por invitarme...

En 1939, la vida en Miramichi era monótona, apagada. Actualmente, nuestra vida de aquel entonces les parece muy triste a los jóvenes. Lo que voy a relatarles de seguro les parecerá una lata. Hoy en día, no pensamos en eso. No es una experiencia que pueda comunicarse fácilmente, y tienen razón. Sin embargo, muchos jóvenes vivieron y murieron durante nuestra época de juventud y es a ellos a quienes deseo recordar muy brevemente hoy mientras hablo con ustedes.

En aquel año 1939, unirse al ejército, a la armada, a la fuerza aérea o a la marina mercante nos parecía una posibilidad muy seductora. Soñábamos con visitar lugares remotos, divertirnos, conocer chicas, vestir el uniforme y sí, recibir \$ 39 todos los meses. Vivíamos felices y despreocupados, excepto por algunos pocos oficiales que se dedicaban a hacernos la vida imposible a veces. Pero predominaba el sentido de propósito, de pertenencia. La ambición y los incentivos nos servían de estímulo; sabíamos que, en las fuerzas armadas, uno podía llegar a ser lo que se propusiera si estaba dispuesto a trabajar duro y a estudiar con empeño. Esto se aplica a cualquier aspecto de la vida.

Hace algún tiempo, volví a visitar Woodstock, no el Woodstock del festival de rock, sino que la localidad ubicada en la ribera del río Saint John, en el área occidental de New Brunswick. Hace más o menos 30 años, nuestra unidad estaba apostada allí y volví sobre los pasos que seguí en compañía de muchos de mis amigos. Si algo aprendí de esa visita y de mis años de servicio, es sencillamente esto: “la inutilidad total y absoluta de la guerra, los años desperdiciados, las familias fracturadas, los sueños destrozados, así como las ciudades y sus habitantes asolados por los estragos del conflicto”. Para muchos de nosotros, el principal desafío fue encontrar la paz después del fin de la guerra. Muchos pudimos superar nuestros miedos, perseverar y prosperar, pero otros no fueron tan afortunados. Traten de no burlarse de ellos; sean tolerantes. Algunos hombres perdieron el juicio y tuvieron que ser internados en recintos psiquiátricos donde permanecieron hasta el fin de sus días. En cada uno de los miembros de este valeroso grupo que prestó servicio a su país hubo una chispa de grandeza, amor por su unidad, por su hogar y por su patria.

Déjenme llevarlos atrás en el tiempo, en una tarde tórrida, seca y maloliente de agosto de 1944 en la cima de un cerro situado a las afueras de la pequeña aldea de Sassy, en Normandía, Francia. La Compañía que yo comandaba recibió la orden de expulsar al enemigo de la aldea. Esto se debía hacer con los hombres, las herramientas y las armas a nuestra disposición. ¿Saben lo que eso significa? Significa la muerte para alguien, amigo o enemigo. Mientras avanzábamos a través de los campos de trigo, fuimos sorprendidos por fuego enemigo, balas y granadas de mortero tan reales como pueden imaginar. Me pareció bastante evidente que estábamos en problemas; el F.O.O. [Forward Observation Officer] (Observador de vanguardia) que me acompañaba de artillería estaba disponible para disparar los morteros y abrir fuego hacia cualquier punto predeterminado o no, si era necesario. Los soldados canadienses comenzaron a caer y yo escuchaba los gritos de los heridos. Entonces, ordené al oficial que disparara la batería. Lo hizo. Los 24 elementos de artillería.

Al atardecer de ese mismo día, después de que tomamos la aldea y la despejamos del enemigo, nos reagrupamos para pasar la noche antes de volver a empezar al amanecer o antes. Los aldeanos salieron de sus sótanos y campos para regresar a sus hogares. Como era Oficial superior de las fuerzas de ocupación, me invitaron a la casa del alcalde para estar presente cuando descorcharan y bebieran el “vino de la liberación”. Estaba casi oscuro cuando pude liberarme de mis obligaciones para ir con otro oficial a la casa, que exhibía huellas de mortero y estaba oscura. Con el enemigo apenas a unos cuantos kilómetros de distancia, escasamente se la podía considerar un refugio. Cuando llegamos, nos pidieron que participáramos de su frugal cena, solo un estofado de liebre, pero condimentado con su enorme agradecimiento a los canadienses de alta estatura que cruzaron el charco para liberar a su país y a su aldea de los invasores que llevaban años ocupándolos. El enemigo tenía el hábito de enviar un avión vigilante sobre los territorios ocupados el día en que eran ocupados. Para empeorar la confusión, este avión dejó caer cientos de bombas antipersonales del tamaño de una lata de gaseosa. Este tipo de misil causa estragos en las tropas en tierra. Apenas habíamos comenzado a comer cuando sentimos la vibración apagada de aviones enemigos sobre nuestras cabezas, señal inequívoca del inicio de un bombardeo. Rápidamente, apagamos la única vela que nos alumbraba y permanecemos sentados en silencio en ese ambiente de semioscuridad. El primer grupo de bombas cayó bastante cerca, causando que la casa temblara y se meciera suavemente. De pronto, escuché los gritos de terror de un niño; una niña pequeña de no más de cuatro o cinco años entró corriendo a la habitación. Como yo me encontraba más cerca de ella, le extendí los brazos y ella se refugió en mí. Levanté la cabeza y miré al alcalde, quien dijo en voz baja: “Es la hija de un vecino. Su padre murió y su madre y hermana mayor fallecieron con los disparos de morteros de esta tarde. Al amanecer, las enterraremos juntas. Sus cuerpos se encuentran en el suelo de la casa del lado”.

El bombardeo continuó y, mientras abrazaba el cuerpecito tembloroso de la niña que descargaba su llanto en mi pecho, rogué a Dios que ella nunca supiera que el admirado canadiense que cruzó el mar y que ahora la abrazaba con ternura como a su propia hija era el mismo hombre que ordenó los disparos de morteros que mataron a su madre y hermana.

He pasado muchas horas en vela pensando en esto, pero luego, reflexiono: este evento está compuesto por muchas otras personas, vinculadas entre sí como los hilos de un bordado.

Por eso, he tratado de contarles “cómo fue” todo para una persona, en un día y un año determinados. Ni yo ni ningún otro veterano buscamos compasión. Hice lo que tenía que hacer igual que otros antes y después que yo. En esta vida, somos la generación pasada. Ustedes son el presente. Si alguna vez están en posición de hacerlo, procuren abolir la guerra, los conflictos y todos los estragos que ellos dejan. Quienes los antecedimos en este mundo vivimos este evento terrible que nos afectará mientras tengamos vida. Recuerden a esos hombres y mujeres jóvenes que nunca regresaron a este hermoso país y que duermen, como dijo Sir Rupert Brooke en su poema inolvidable “El Soldado”: “que algún rincón cualquiera de alguna tierra extraña es ya Inglaterra siempre”.

Les ruego que juren solemnemente que harán todo lo que esté en sus manos para que la guerra, sea civil o de otro tipo, nunca vuelva a suceder. Gracias.